

ANDROGINIA

POR

THOMAS MOLNAR

Hay un mito en el diálogo de Platón *El Banquete* en el que uno de los asistentes explica la atracción entre el hombre y la mujer. Hubo un tiempo en que ambos eran uno, pero los dioses separaron el todo en dos mitades. Desde entonces las mitades quieren unirse. Un significado del mito es que separados los dos están incompletos, atrayéndose mutuamente. La Biblia cuenta una historia distinta, por supuesto: Dios creó al hombre y a la mujer, aunque Adán jugó un papel esencial en la creación de Eva. El Génesis, y toda la tradición de hebreos y cristianos, da por supuesto que el hombre y la mujer son diferentes, como diferentes son sus funciones; y cuando se unen en matrimonio, la unión es indisoluble, pero no es una fusión, en modo alguno. Es un sacramento.

Esta tradición es igual en todo el mundo, y tuvimos que esperar a este triste siglo para que se pusiera en duda, se negara y se jugara con ella. Sin embargo, la androginia (de *andros*, en griego *varon*, y *gyne*, *hembra*) es también una tradición, digamos que una tradición zurda. La unión que esta tradición nos enseña no es meramente entre el hombre y la mujer, ni siquiera esencialmente así; su fusión es un símbolo de otras clases de unión. Desde el principio de los tiempos, tanto en China como en Grecia y otros lugares, los representantes de esta tradición sostuvieron que puede alcanzarse la unidad mediante la unión de los opuestos, y que el mundo, en un determinado nivel, muestra muchos de estos opuestos que aspiran a juntarse para así poner fin a esa oposición, o sea, al conflicto y a la disensión. En consecuencia

la división en dos se considera algo así como un pecado cósmico, que sólo la reunificación puede curar. Un ejemplo llamativo de división/unidad se encuentra en la tradición alquímica. No es del todo cierto lo que se nos cuenta de que los alquimistas buscaban oro. Si ese hubiera sido el caso, a los alquimistas se les habría tenido por una clase más de artesanos, a la manera de los orfebres. Pero ese no era el caso. Los alquimistas, que se encuentran en todas las civilizaciones arcaicas, experimentaban con dos metales distintos, generalmente azufre y mercurio —los dos «polos» del mundo material—, y trataban de obtener su fusión de forma que el resultado fuese la «piedra filosofal», el signo de la sabiduría absoluta: en lenguaje religioso, la *salvación*. Los alquimistas eran sectarios impacientes, insatisfechos por la lentitud de la marcha del mundo hacia su plenitud, la totalidad espiritual; y su labor consistía en acelerar su realización con la ayuda de la piedra filosofal. Esta, producto del azufre y del mercurio, la reconciliación de los contrarios, era el primer símbolo de la humanidad que habría de venir, en paz y sin conflictos.

Los alquimistas cristianos querían acercar la segunda venida de Cristo: sólo pretendían acelerarla, y entretanto alcanzar la subiduría ultraterrena que Cristo había supuestamente prometido al hombre. En otras palabras: la acción alquímica en el *athanor* (receptáculo, horno) buscaba la maduración de las fuerzas del universo, de manera que acercase en tiempo y sabiduría el reino de Jesucristo.

Esta y no otra es la razón por la que se consideraba heterodoxos a los alquimistas; en gran medida la misma razón por la que en nuestro tiempo se condena y prohíbe enseñar en escuelas y universidades católicas a muchos teólogos de la Iglesia: porque dicen haber encontrado la fórmula mágica con que puede alcanzarse el fin de la historia y la salvación universal, y todo mañana mismo. Su «alquimia» es verbal, pero no por ello menos peligrosa.

Si la división del mundo, en dos sexos entre otras cosas, es una especie de pecado oculto, entonces cualquier clase de unificación es virtuosa y digna de alabanza. Con semejante perspectiva, el verdadero sabio es aquel que restaura la unidad original,

que tiene simbólicamente el valor del oro, lo contrario de los metales viles. No debería sorprendernos encontrar en todo este discurso una gran presencia de símbolos. A nuestra civilización, tan empobrecida y mecanizada en comparación con todas las culturas pasadas, la separa de aquellas que ya no reconoce ni usa el rico simbolismo del pasado. Siempre en la historia la humanidad poseyó, respetó e interpretó los símbolos; sólo la edad moderna se ha privado a sí misma del significado de la vida, y por eso es incapaz de orientarse en el impersonal universo que ha creado. Sólo entendiendo la simbolización del pasado conseguiremos salir de nuestra ignorancia y confusión, y alcanzar el nivel que era moral para el hombre antiguo.

La alquimia y otras formas de búsqueda de la unidad también se hallan detrás de las especulaciones sobre la androginia. Esto no es positivo en absoluto, así que no dejaba de ser razonable tener a los alquimistas por sospechosos de herejía. La Providencia hace las cosas a su ritmo, ni rápido ni lento; los simples humanos no deben intentar intervenir y hacer que la Cristiandad alcance más rápido la «madurez». En cualquier caso, es evidente que el andrógino puede verse como una especie de piedra filosofal, la realización del viejo sueño de la unidad de los contrarios. Sin embargo, las consecuencias son desastrosas, tanto en lo especulativo como en lo práctico. Porque a los ideólogos de la androginia les preocupa poco esa antigua y venerable herencia, u otros usos de la tendencia hacia la unidad y la integración, descienden directamente al nivel de lo grotesco y lo obsceno. Su objetivo (que probablemente desconocen) de hace unos pocos años y aún de hoy en día era el estilo *unisex* en peinado y ropa, considerado una moda inofensiva. Hoy sabemos que el *unisex* daña la identidad del hombre y de la mujer, y su inmediata consecuencia es la feminización del hombre y la masculinización de la mujer; a más largo plazo, la homosexualidad y el lesbianismo. La gente suele reírse cuando no puede distinguir un hombre de una mujer por su corte de pelo, sus pantalones y sus chaquetas, o por su forma de andar. No es cosa de risa: esta intencionada

confusión conduce a hombres jóvenes a los brazos de otros varones, y a mujeres jóvenes a los brazos de otras.

Esta confusión está siendo aumentada por nuestras leyes (1) (por ejemplo, la absurda ley sobre «acoso» y homosexualidad en las fuerzas armadas) y por nuestras escuelas. En nombre de la igualdad democrática, en las escuelas se realizan experimentos —suena tan científico, ¿verdad?— con el fin de abolir las diferencias entre los sexos: los niños pequeños reciben muñecas para que jueguen; se enseña a las niñas a arreglar coches. Hasta el momento, las diferencias creadas por Dios han sido más fuertes que la locura de los pedagogos; pero con la manipulación biogenética y otras formas de demoler la familia, quizás no estemos lejos de la meta que la alquimia se ha impuesto. El último avance de la androginia fue propuesto hace pocos años por Elisabeth Badinton, esposa del entonces Ministro de Justicia de Francia. En nombre de la igualdad de los sexos, propuso en un libro que a los cinco o seis meses de gestación se trasplante el embrión al cuerpo del marido (!), quien de esta forma experimentaría una mayor intimidad con el futuro hijo, y que luego vuelva a transplantarse a la madre, quien finalmente da a luz. No hace falta decir que mujeres con ideas parecidas a las de la señora de Badinton figuran hoy en importantes puestos del gobierno norteamericano y de la jerarquía de Washington, y que sus decretos son más eficaces que la «modesta sugerencia» de la Badinton.

Las propuestas y leyes andróginas, la ética andrógina, contradicen el orden de la creación en uno de sus aspectos más delicados: la relación entre el hombre y la mujer. Puede llegar el día en que volvamos la vista a las horribles ideologías de este siglo y nos parezcan relativamente inofensivas, en comparación con lo que lleven a cabo los gobiernos a medida que nos acercamos al año 2000. Ellos tienen, por supuesto, una forma de proceder fácil y cómoda: a pesar de que la mayoría silenciosa se escandaliza ante cada nueva etapa de la degeneración, carece de

(1) Se refiere a los Estados Unidos de Norteamérica; aunque empieza a ser aplicable a España. (N. del T.).

la memoria o del conocimiento necesarios para enlazar cada uno de estos fenómenos, en apariencia independientes, como la moda unisex y las generales lesbianas en el Ejército. Para cuando esa mayoría silenciosa despierte (lo cual es una expectativa poco realista), los hábitos sociales habrán integrado las leyes absurdas e ido mucho más lejos. Fijémonos sólo en lo que ya hemos aceptado como parte de nuestra estúpidamente glorificada forma de vida: aborto pagado por el Estado, sin consentimiento paterno; matrimonio homosexual, legalizado por lo menos en un país, Holanda; reparto del condón; la imagen favorable de este o aquel «estilo de vida»; la familia de un solo progenitor; y la eutanasia está al caer. En un país puritano como Estados Unidos, donde la sexualidad o se silencia o se proclama a gritos (no existe término medio como en las naciones católicas), la ciudadanía y las autoridades quieren que los temas de sexo se traten como temas fiscales de tipo mínimo. Se supone que no debemos admitir que los asuntos de sexo nos afectan a todos individualmente y también colectivamente: porque una sociedad donde el libertinaje más extremo se acepta, se legaliza y se glorifica, se convierte en una sociedad enferma en todos y cada uno de sus componentes, no sólo en el que se lleva a cabo la agresión. Un amigo médico cuenta que al dar clase a estudiantes de medicina se ve obligado a insistir en la necesidad de tocar al paciente para una práctica correcta de la medicina, ¡porque los estudiantes tienen miedo de ser denunciados por acoso sexual!

* * *

Aseguro al lector que el mito en el diálogo de Platón al que me refería al principio no contiene nada ideológico o indecente. Los comensales están discutiendo acerca del amor, y las distintas teorías sobre su origen ayudan a que el lector disponga sus pensamientos y experiencias. Una vez más: el escenario no es moderno, pertenece a los tiempos de la simbolización, cuando los símbolos resultaban familiares. Los grandes acontecimientos y cosas de la existencia se concebían en forma simbólica, y con esa

visión lo que lo andrógino significaba para ellos no tenía nada de obsceno o peligroso. Significaba plenitud, perfección, en el orden divino y en el humano. Se entendía que el mundo mismo, al menos en su origen, era como un *huevo cósmico* (la teoría del Big Bang también lo expresa, sólo que en un lenguaje diferente, científico, no simbólico) del cual salió todo cuanto existe. Algunos dioses de la India y Egipto eran también una combinación de los dos sexos o principios, el masculino y el femenino; en otras palabras, eran hermafroditas (Hermes y Afrodita), con el sentido de que el ser divino tenía que estar formado por la coincidencia de los contrarios. De qué otra forma podría ser divino, si no era perfecto; y la perfección suponía la reconciliación de los conflictos, tanto cósmicos como humanos.

Así pues; el ser andrógino no es una deformación de la naturaleza, no es algo anatómico. Las culturas simbólicas, todas las que precedieron a la nuestra tan mecánica e inhumana, veían claramente lo antinatural, la malformación; pero a diferencia de nosotros percibían la intervención de los dioses en tales situaciones. Por eso miraban a los malformados con asombro, a medias entre el miedo y el respeto. En todo caso el deforme era algo extraño: enanos, gigantes, gemelos idénticos, tontos, hermafroditas. Ellos representaban algún mensaje divino que debía estudiarse e interpretarse. Incluso suprimirse o sacrificarse, cuando les parecía evidente que aquellos monstruos eran perjudiciales, un mal agüero para la comunidad, para la cosecha o para el éxito en la caza.

Estos son los fundamentos del mito y de la mitología, y como tales contribuyeron a los juegos de la imaginación y a través de ellos al arte. Pero los mitos, en palabras de Mircea Eliade, tienen su propio ritmo: pueden dejar de cumplir su propósito y no necesariamente morir, sino convertirse en algo cada vez más *grosero*. En otras palabras: deformarse, no expresar ya cosas nobles, sino vulgares. Eso es lo que ha ocurrido con la androginia.

Hemos recalcado la estrecha relación entre lo andrógino y el concepto de totalidad. Esto lo percibió el psicólogo suizo Carl Gustav Jung, que elaboró sus enseñanzas y su terapia a partir

del ideal de totalidad, de la reconciliación de los contrarios. Observó, por ejemplo, que si se deja a una persona sola con papel y lápiz, empieza a hacer garrapatos, casi siempre círculos y cuadrados, que son espacios cerrados y simétricos. Cuando se inscribe la circunferencia en un cuadrado o el cuadrado en una circunferencia, la impresión de totalidad se hace aún más evidente, porque de esta forma los contrarios encuentran su fusión. Es cierto que en las civilizaciones simbólicas el cuadrado representa la Tierra y el círculo los Cielos. Los garrapatos de Jung son pues con frecuencia símbolos del universo y de sus principales realidades opuestas. Es como si el paciente lo sacara de su inconsciente colectivo: siente su propia división y busca, lápiz en mano, la totalidad.

Jung todavía saca una sana utilidad de estos símbolos básicos y eternos: y tienen otras muchas utilidades que ignoramos o que, cuando sabemos de ellas, despreciamos con la arrogancia miope del hombre moderno. Sin embargo, como dijimos más arriba, el mito, por supuesto también el de la androginia, puede volverse groseto y dársele un mal uso. El *unisex* es un ejemplo típico: ahora, tras este viaje por el reino de los elementos constitutivos del alma y su dinamismo, lo entendemos mejor. El dios/diosa andrógino no es un eunuco; el sexo en él no se niega, más bien nutre: el campo y los demás esfuerzos del hombre. Nosotros hemos convertido este mito en un moda, en un montaje comercial, últimamente en una actitud y una política anti-familiar y antisocial. Detrás del unisex y sus ramificaciones se esconde la intención de crear un nuevo ser humano, no ya andrógino sino más bien neutro, para que el hombre y la mujer sean unidades intercambiables. Nuestras recientes leyes de igualdad claramente tienen este objetivo: en una sociedad industrial que se ha deshecho del sentido común a la vez que de los símbolos, el valor supremo es la productividad industrial. Es más fácil dirigir y administrar una empresa moderna, universidad o cualquier otro organismo si los dirigentes tienen a su disposición simples *unidades productivas*, ya no seres humanos de carne, sangre y alma. Como todo se subordina a la sociedad industrial,

también hay que romper la familia, que ha sido el principal núcleo de resistencia a esta presión totalitaria. La sociedad industrial soviética destruyó la familia mediante técnicas como el gulag; la sociedad industrial occidental está destruyendo la familia mediante medios más sutiles: leyes sobre el acoso, matrimonio homosexual, lenguaje inclusivo, *political correctness* (2), reevaluación moral de las instituciones. Cuando José Fernández, el zar de la enseñanza en Nueva York, introdujo en las escuelas los métodos «políticamente correctos», el «libro de texto» contenía historias cortas en que el niño decía cosas como «el marido de mi padre» y «la esposa de mi madre». El daño hecho a los niños es inimaginable; sus mentes han sido intencionadamente sumidas en la confusión. Eso sin contar el hecho de que el niño nunca aprenderá que hay *firmeza* y también *suauidad* en la estructura de la familia, la una simbolizada por el padre, la otra por la madre. El fomento de familias «monoparentales» no es más que otro truco de la sociedad industrial, que considera a la mujer como una unidad de mano de obra, no como esposa, no como madre.

La conclusión que saquemos de este pequeño estudio debe ser válida al margen del asunto que nos ocupa, la androginia. Todos solemos estar predispuestos contra la idea de detectar trucos y deformaciones en los métodos y manejos de nuestra propia sociedad. ¿Por qué va a influir la publicidad comercial de la moda unisex en las leyes sobre la homosexualidad, en la educación sexual, en el asunto de las lesbianas en el Ejército? ¿Qué tiene eso que ver con un antiguo mito como la androginia? Sin embargo, es nuestra diaria tarea el analizar estas «cosas curiosas» como si, tal vez, fueran menos inocentes de lo que parecen. La educación consiste en la percepción de las correlaciones, y asimismo en el discernimiento de las cosas que guardan relación y las que no.

Una segunda conclusión. Es esencial que no llevemos a cabo el examen como si fuéramos a desenmarañar los hilos de una

(2) Cfr. *Verbo*, núm. 327-328 (1994), págs. 795 y sigs.

conspiración. Las teorías conspiratorias son las favoritas de las personas demasiado perezosas para pensar y que dan por supuesto que los demás son tan perezosos como ellos. El asunto unisex/destrucción de la familia expresa el viejo sueño de la unidad del género humano, pero en lenguaje basto y aplicado erróneamente.

Una tercera y más importante conclusión. Debemos estar agradecidos a las Escrituras y a la Iglesia por no dejar nunca de enseñar las verdades del sexo y de los sexos. El sexo es un asunto extraordinariamente importante, y *por eso* no puede tratarse en público, como desgraciadamente se hace en las llamadas «sociedades abiertas» como la nuestra. Debe estar protegido por la discreción y el tacto, y preferiblemente por el silencio. Sobre este tema, la religión católica y sus portavoces hasta hoy sólo habían dicho cosas sabias. La esencia de estas cosas sabias ha sido la distinción muy clara entre el hombre y la mujer, sobre la que descansa la estructura de la familia y la normalidad de la infancia.

(Traducción de Luis INFANTE DE AMORÍN).